

ANCESTRALES

Misterio de una familia

Fernando Nassar Montoya

FRAGMENTO DE CORTESÍA · CAPÍTULO PRIMERO
www.fernandonassarmontoya.com

La familia

Capítulo primero de Ancestrales: misterio de una familia

Su padre Yu sale todas las mañanas, Raha no sabe a dónde. Se pone de pie con el alba y desaparece entre los árboles para volver entrada la noche. Ella está pendiente de él desde antes de que despierte, lo mira esperando a que levante sus párpados y, mientras lo hace, sigue el movimiento que conoce de memoria; lo repite de manera idéntica todas las mañanas. Lo ve llevar sus ojos a la puerta como si buscara algo perdido; luego, hacia Suyan, con nostalgia o ternura (o con ambas). Nota que duda, no está decidido a pararse, pero ella sabe que lo hará, siempre lo hace. No le quita la vista hasta verlo salir de la cama. Respira aliviada.

Con sus ojos sigue el caminar lento de su padre hacia el lavador que hay dentro de la casa redonda de un solo cuarto, ubicado al lado de la entrada, para quitarse la mugre pegada a la piel. Advierte cómo mete las manos en la pequeña poceta que su madre tuvo la precaución de llenar con agua limpia el día anterior. Lo ve cómo empieza lavando sus ojos, los restriega con fortaleza. Sigue con la nariz, la boca, las mejillas, las orejas, la cabeza; continúa con los brazos, el pecho, las axilas y las piernas. Por último, se quita el taparrabos para enjuagarse; lo refriega antes de ponérselo nuevamente. A ella le divierte ver el brillo de su cuerpo que se genera por el efecto de la luz de la mañana sobre el líquido escurriendo.

Yu se detiene en la entrada a esperarlas. Al Salir, le da un beso en la frente a cada una. Los tres se sientan al costado izquierdo de la puerta mirando hacia afuera, cerca de la pila de carbón que nunca dejan apagar, en un área cuadrada de tres metros de largo y ancho, convertida por la costumbre en comedor y cocina. Ingieren la fruta cortada a la perfección en cuadros de dos centímetros, además de huevos cocidos. A veces, como ese día, Raha recibe un pedazo de pan que su madre retira de las brasas y cenizas en las que pone, por unos minutos, el amasijo del producto de la molienda de la chufa. Le fascina, sobre todo, porque juega a moldear con los dedos pequeñas bolas que mete a su boca, una a una, para disolverlas lentamente con la saliva. El padre toma un sorbo de agua al acabar la comida, lo escupe después de hacer unos cuantos buches y emprende camino por el sendero formado gracias a los pasos acumulados a través del tiempo. Su hija lo mira perderse entre los árboles. Quiere seguirlo, pero Suyan está pendiente. Sin perder la costumbre su madre la detiene: «Estás pequeña», la consuela haciéndole cosquillas. Tirándose al piso como una invitación a continuar, Raha patatea y ríe a carcajadas pidiéndole detener el cosquilleo.

Ambas repiten la rutina cotidiana: bordean la circunferencia de la casa, una pared de adobe de cinco metros de diámetro, para tomar el camino del extremo opuesto a la entrada. Se alejan, aproximadamente, unos seis metros hasta el banco de arena. Se acurrucan al margen de un pequeño hueco, primero una, después la otra, dependiendo de quién esté más apurada por hacer

sus necesidades. Al terminar, lo tapan superficialmente, cada una, con dos manotadas de la arenilla disponible a su lado. Caminan unos cuantos metros más para llegar al manantial cristalino de aguas quietas. Cogidas de la mano caminan hacia ellas, todavía con los taparrabos hechos de cuero de conejo que, como minúsculas faldas, cubren sus partes íntimas. Cuando el extremo del atuendo de Raha roza el nacimiento, se los quitan, Suyan los sumerge, los soba hasta verlos limpios y se acerca a la orilla para extenderlos sobre una roca siempre tibia. Se sientan un rato en las piedras moldeadas por el uso repetido, con la forma de sus colas, a disfrutar del agua. A Raha, el nivel le llega a la cintura; a su madre, a la cadera.

La niña se sale, se acuesta en la orilla. Le gusta poner arena encima de sus piernas e imaginarlas desaparecidas o invisibles por arte de la magia de los espíritus acuáticos. No hay nada mejor que ver a su madre preocupada:

—¡No vas a poder caminar sin piernas! —Le dice al verla cubierta. Entonces, ella salta de regreso al manantial para quitarle el susto e invitarla a coger con sus manos los pececitos que las mordisquean.

—¿Cogiste uno?

—Uno de los grandes —responde con paciencia.

La pequeña piensa en qué tanto lo era. Le pregunta, no sin temor al imaginar pescados gigantes con dientes afilados.

—Así de grande. —Suyan le toma las manos; le señala la longitud de su dedo índice.

—Chiquito. —Suspira con tranquilidad —. Yo puedo.

Mete las manos con fuerza varias veces salpicando sus cuerpos por completo; la madre la imita. El eco del chapoteo y las carcajadas atraviesan el bosque con ayuda de la brisa, que le llegan como un leve murmullo a Yu.

—Hoy no tenemos pescado, vamos a secarnos —dice la madre.

Se levanta, revisa a su hija con ternura para cerciorarse de que está limpia... no es así. La mete al agua. Raha protesta sin mucho entusiasmo, pero se deja lavar. Aprendió a callar (por costumbre) al no haber otro remedio. Al terminar, ambas se acuestan sobre las rocas tibias. La pequeña no deja pasar la oportunidad brindada por la calma:

—¿Cuándo seré grande?

—Más adelante —responde Suyan, al tiempo que piensa en lo mucho que su hija ha cambiado en los últimos días.

«*Es pequeña... pero está creciendo*». No lleva la cuenta de la edad, por lo que no sabe que tiene ocho años. Con cada amanecer se le parece más: el pelo y ojos castaños, la nariz recta, los

labios carnosos. Su piel es menos pálida que la de ella, un poco más morena, quizás por el efecto del sol, no tanto como la de Yu.

—¿Cómo lo sabré?

—Creceas igual a mí.

Raha la mira de pies a cabeza, no ve mucha diferencia, a excepción de dos bultos en el pecho y la presencia de vellos en varias partes del cuerpo. No dice nada. Está decidida a revisar el suyo todas las mañanas al despertar. Se queda dormida tratando de imaginarse grande. De manera lógica, se ve parecida a mamá.

Las levanta el hambre. Al ponerse los taparrabos secos la madre le advierte que no se mueva mientras va por un cesto. Luego, se ponen a andar, avanzan algunos metros hasta donde lo considera seguro. «Paremos aquí, podría ser peligroso seguir», le responde a la niña cuando le pide ir unos pasos adelante. Colectan la fruta disponible, esta vez, cinco manzanas rojas. Suyan corta una en dos, le da una mitad, se come la otra, guarda las sobrantes y continúa con la búsqueda. Escarban con cuidado todo tronco y rama, cada agujero y mata conocidos en los costados del camino en los que, con suerte, encontrarán tubérculos, frutos, gusanos, huevos silvestres o pequeños animales.

Después de un rato, la pequeña deja de interesarse por el forraje y se distrae con una ramita que mete en cuanto agujero puede. Entusiasmada, sigue a una mariposa azul. Trata de cogerla, pero vuela al acercarse. Un metro más adelante se posa en el camino; al querer tenerla de nuevo se repite el ciclo interminable de posar y volar. Durante el juego, Suyan se preocupa por no encontrar más de comer y le desea a Yu una mejor fortuna. Sin embargo, no se desmotiva, sigue con su labor sin quitarle los ojos de encima a su hija, no puede descuidarla, lo sabe bien al haberlo aprendido por una experiencia dolorosa. Al final, desiste en su búsqueda. Con una seña le indica que es momento de regresar. La niña suelta la rama, corre a su encuentro y, de pronto, lanza un grito de emoción:

—¡Un pájaro grandísimo! —Señala un árbol alto.

Ambas lo observan fascinadas por su vistosidad: es amarillo, azul y rojo; alcanzan a verle un poco de verde en las alas. Les parece que la cara blanca desplumada contrasta de manera hermosa con el colorido de las larguísimas plumas caudales.

—¿Qué hace con la cola para dormir? —pregunta Raha al encaramarse en un tronco.

—Nada. Duerme en las ramas.

La hija no se imagina cómo se acomoda, no lo cree posible. Ella se caería si durmiera allá arriba y no ve por qué sería diferente con el ave. Intenta recrearlo: boca arriba, boca abajo, de un lado, del otro, en ninguna posición la cola quedaría bien. Entonces, recuerda cómo las gallinas se

echan al oscurecer. Deduce que el pájaro no podría hacerlo igual a esa altura. Al no tener otra idea, decide preguntar:

—¿Cómo duerme?

—Agarrado de la rama con los ojos cerrados. —Sin darle tiempo a que replique, Suyan agrega—: Así son los pájaros.

La pequeña no la escucha, ya podía imaginárselo al acordarse haber visto una vez a una gallina dormir en una rama.

—¿Qué pájaro es?

—Una guacamaya. Vamos por los huevos. —Raha no quiere irse. El ave es lo más lindo que ha visto. Si la deja podría volar y no volver.

—¿Puedo quedarme? Estaré quietecita.

Al verla entusiasmada quiere dejarla. Su madre acepta con una condición: solo mientras recoge los huevos cercanos y le es posible vigilarla.

—¿Por qué se llama guacomala?

—Guacamaya. No sé.

—Es nombre es feo. Se llamará Maya, ese sí es bonito.

Suyan voltea para chequearla. Le da la razón sin ponerle mucha atención; ese fue el nombre que le dio, le guste o no. Hay cosas que no deben cuestionarse. Además, poco importa, con seguridad volará en la mañana, los animales no permanecen mucho tiempo en el bosque. Como es su deber maternal, considera el momento de explicar la razón por la cual no se puede encariñar con nada:

—Los animales vienen y se van.

—¿Le doy manzana?

Suyan parte media a manera de respuesta, la divide en tres pedazos. Se los da indicándole dónde ponerlos sobre un tronco caído. Sigue con la lección de vida en tanto Raha mira fijamente hacia arriba:

—Nosotros estamos solos —termina con tristeza.

Ella no le pone atención (o no la comprende). De vez en cuando, se voltea para preguntarle sobre el ave: «por qué vino, por qué se va a ir, por qué no baja, por qué está sola, por qué no me quiere». Suyan, paciente a cada uno de sus interrogantes, le da una nueva explicación, intenta seguir con sus enseñanzas. No busca quitarle la esperanza ni decirle que la vida no es bella o está condenada a la soledad porque, a pesar de que se siente confinada en el bosque, tiene esas dos

cosas, además de su familia. Haría todo por su hija por quien siente un amor profundo, aun cuando empieza a agotarla con sus interrogatorios sin fin.

La pequeña sigue las instrucciones. Pone los trozos de fruta asegurándolos en las ranuras de la corteza. Espera un momento. La guacamaya no se mueve pese a algunos llamados. Entonces, salta y camina detrás de Suyan; le ayuda a buscar. Encuentra un huevo, lo coloca en la cesta con otros cuatro recogidos por la madre y las manzanas.

«No se va a ir», asegura la niña al entrar a la casa por un poco de carne seca. Le parece dura, así que la calienta y se la come con unas cuantas moras estando sentada, al lado de la candela, en uno de los tronquitos moldeados por su padre. Se queda dormida. Tan pronto como la madre termina su trozo de carne, la lleva alzada a la cama y la acuesta para visitar luego la huerta (si así se puede llamar a un pequeño cultivo de menos de veinte metros cuadrados) donde siembra varias matas de plátano, malanga, chufa, piña, tomate y mulga. Cosecha lo listo para cosechar, limpia lo que ve para limpiar. Hace las labores pendientes, prepara la comida y, como tiene chufa seca, la tritura con la ayuda de dos piedras. Raha se despierta y la acompaña.

Todo está listo justo al regreso de Yu. Suyan lo recibe con un vaso de jugo de piña. Él, a cambio, le entrega un conejo desollado que saca de la mochila de piel. Ella aviva el fuego, espera la brasa, ensarta el animal en la orqueta, lo coloca sobre la llama y le da vueltas de vez en cuando, al tiempo que los tres lo miran embelesados. Una vez está listo, lo baja, lo pone sobre una piedra lisa, lo despresa con las manos; le da un perril a Raha, coge el otro y el resto se lo pasa a Yu. Como familia disfrutan el manjar viendo el juego de las llamas en un reto a la oscuridad que se apodera del bosque. Con la calma traída por la luz cálida, la hija, entusiasmada, le cuenta a su padre sobre la guacamaya. Él sigue el relato con interés, no la detiene; la deja terminar antes de hablar:

—Es raro ver a esas. No te pongas triste, mañana lo harás. —Le dice como consuelo por haberse perdido el espectáculo. La mira con ternura. Le relata que hace mucho tiempo, cuando era niño y vivía en otro lugar, con frecuencia se encontraba una bandada grande. Veía guacamayas de todos los colores en los árboles. Eran atrevidas, se metían en las casas a robar comida. Raha no pestañea de la emoción. En su cabeza no cabe el relato de su padre. Trata de imaginarse al grupo de aves sin entender cómo no se golpeaban unas con otras con sus largas colas.

—Tocaba espantarlas —dice. Suyan también lo sigue con atención. Al notar el interés de ambas, enfatiza exageradamente con algunas muecas—: ¡Trataron de robarme comida!... —Se levanta del tronco, acerca sus palmas a la lumbre y señala una cicatriz en el pulgar izquierdo.

—¡Noooo! —gritan las dos tocándola.

—Su pico era grande. Me amenazó gritando, quería hacerme soltar la carne... ¡no la solté...! Se mandó encima, me rompió el hueso de un picotazo, pero no la solté. — Lo dice mostrando la

ligera desviación de su dedo. Su mujer se sorprende por no haberla notado.

—No quiero a Maya —dice Raha mientras lo abraza.

Yu no quería eso, la consuela explicándole que no puede generalizar:

—Ella es diferente, allá había muchas. —Le repite varias veces. —Maya de pronto no tiene familia, solo al bosque. Tal vez se hace tu amiga.

A la niña le gusta la idea. Retoma su alegría por la nueva ilusión de tener una compañera de juegos. Se la imagina sobre su hombro con la cola tapándole la espalda, también bañándola y compartiendo juntas en el manantial.

Suyan mira la escena, se siente feliz. Los momentos de familia (así llama a las reuniones de los tres cuando se crea una atmósfera especial en la que solo existen ellos y nada más importa) le dan sentido a su vida; le ayudan a olvidar que desde su nacimiento vive en la misma pequeña porción de bosque donde no se siente segura. Esos instantes le dan esperanza, despiertan en ella un sentimiento del que rara vez es consciente. Con Yu se siente protegida no solo por su figura musculosa, sino (también) por su temple. Ella le llega al pecho (no lo sabe, pero él mide un metro noventa y tres centímetros); no hay nada como mirar sus ojos negros al estar rodeada por sus brazos fuertes, el contacto con su piel suave, el enredarse en su pelo oscuro, el mismo que le corta con el cuchillo.

Las llamas se apaciguan al inicio de los cantos selváticos nocturnos marcándoles la hora de acostarse. Guiados por la luz tenue de la luna entran a la casa. La penumbra no les permite distinguir nada adentro, aunque eso no les representa ningún inconveniente pues conocen de memoria el escaso mobiliario del espacio único de su hogar: en el centro, ocupando una buena parte del área, está el lecho de pieles de animales, apenas levantado del piso de piedra. Por su apariencia semeja más un gran nido que una cama. La batea de piedra llena de agua en la que Yu se lava todas las mañanas, se localiza al costado derecho de la puerta, mirando hacia adentro. Al fondo, hay una tabla a modo de repisa; en ella, Suyan junta los objetos colectados por Raha en el bosque y algunos utensilios contruidos por Yu: una escoba, platos y canastos pequeños. Debajo de esta, mantiene los más valiosos: el cesto de la chufa en secamiento, uno destinado al tubérculo triturado, otros dos con frutas, hojas y tallos comestibles.

Se acuestan como de costumbre: Raha al fondo, Suyan en la mitad, Yu hacia la puerta. La luz se cuela dentro tan solo un metro dejándoles ver el leve movimiento de la sombra de la carne colgada, en posición estratégica, sobre un palo con horqueta. Lo colocaron cerca de la candela para recibir tímidamente el aroma del humo que exhala cuando el viento ayuda y apenas la toca. Los tres se duermen de inmediato arrullados por la armonía de la orquesta de insectos, ranas y aves.

¿Quiere saber qué esconde el bosque de Raha?

La historia de Yu, Suyan y Raha apenas comienza. Continúe leyendo *Ancestrales: misterio de una familia*:

[Comprar en Amazon \(ebook e impreso, Américas\)](#)

[Comprar en Amazon España \(Europa\)](#)

[Pedidos impresos en Colombia: libreriafernandonassar Montoya@gmail.com](mailto:libreriafernandonassar Montoya@gmail.com)

© Fernando Nassar Montoya. Este fragmento se comparte con fines promocionales; prohibida su reproducción sin autorización.